

Hoja Dominical

APROBADA Y BENDECIDA POR LOS SEÑORES OBISPOS DE COSTA RICA

AÑO
XVIII

Redacción y Administración
PP. Capuchinos, Cartago.

5 ejemplares semanales
€ 7.00 al año.

50 ejemplares semanales
€ 1.25 cada semana.

Nº.
827

SANTORAL

- Dom. 24 Cuarto después de Pascua. San Fidel de Sigmaringa y los mártires Alejandro, Eusebio y Leoncio.
- Lun. 25 San Marcos Evangelista y los mártires Esteban y Calixto.
- Mart. 26 Santos Cleto y Marcelino papas, y Pedro y Clarenco obispos mártires.
- Miérc. 27 Santos Antimo obispo, Castor y Esteban mrs.
CUARTO MENGUANTE a las 9 y 54 m. a. m.
- Juev. 28 Santos Pablo de la Cruz confesor y los mártires Marcos, Patricio y Menandro obispos,

Viern. 29 Santos Severo y Paulino obispos Ulgón y Roberto abad.

Sáb. 30 Sta. Catalina de Sena, Mariano y Santiago mrs.

CORTE DE LA DIVINA PASTORA

El sábado día 30, corresponde obsequiar a la Divina Pastora de las almas, con los cultos correspondientes al Coro 12 de que es Celadora la Srta. María Ramona Céspedes V.—María Santísima es: «Insigne resguardo que nos protege y nos defiende contra las tentaciones y en los peligros espirituales». (S. Francisco de Jerónimo, S. J.)

Domingo IV después de Pascua

Evangelio según San Juan—Cap. XVI, vs. 5-14

En aquel tiempo dijo Jesús a sus discípulos: Me voy a aquel que me envió: y ninguno de vosotros me pregunta, ¿a dónde vas? Porque os he dicho estas cosas, vuestro corazón se ha llenado de tristeza. Mas yo os digo la verdad: os conviene que me vaya, porque si yo no me voy, el Consolador o abogado no vendrá a vosotros; mas si me voy, os le enviaré. Y cuando él venga, convencerá al mundo en orden al pecado, en orden a la justicia, y en orden al juicio. En orden al pecado, por cuanto no han creído en mí; respecto a la justicia de mi causa, porque yo me voy al Padre, y ya no me veréis; y tocante al juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya juzgado. Aún tengo otras muchas cosas que deciros; mas por ahora no podéis comprenderlas. Cuando, empero, venga el Espíritu de verdad, él os enseñará todas las verdades necesarias para la salvación, pues no hablará de suyo, sino que dirá todas las cosas que habrá oído, y os pronunciará las venideras. El me glorificará; porque recibirá de lo mío, y os lo anunciará.

Aplicación moral

El Espíritu Santo, cuando viniere, «convencerá al mundo de pecado, de justicia y de juicio: de pecado, porque no creen en mí; de justicia, porque voy al Padre, y ya no me veréis; de juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido juzgado». Tres cosas hará, pues, con el mundo el Espíritu Santo. Primera: le argüirá y convencerá de pecado, esto es, hará patente e inexcusable el pecado del mundo en no haber creído en Cristo, a pesar de tantas señales y maravillas como él ha obrado para acreditar su divina misión. Segunda: le convencerá de justicia, esto es, manifestará la justicia y la gloria de Cristo en el seno del Padre, a donde ya no le verán ojos mortales. Tercera: le convencerá de juicio, esto es, confirmará y promulgará la sentencia de condenación ejecutada en Satanás, cuyo imperio mundano queda arruinado para siempre.

Con los apóstoles será doble la acción del Espíritu Santo: les dará la inteligencia de cuanto Cristo hasta ahora les ha enseñado, y los introdu-

cirá en el conocimiento de nuevas verdades, principalmente de los acontecimientos futuros. Tres años ha empleado el divino Maestro en instruir a los discípulos, pero ellos no le han entendido plenamente. Ya lo tenía él previsto, y así lo había querido, precisamente porque ya desde el principio contaba con la acción del Espíritu Santo, que a su tiempo y sazón había de dar pleno desarrollo a la semilla que él entre tanto depositaba en el corazón de los discípulos. Además, para la enseñanza de otras verdades esperaba el prudente Maestro la realización de ciertos acontecimientos, antes de los cuales los discípulos no estaban preparados para su inteligencia. La revelación de estas verdades estaba reservada principalmente a la acción invisible del Espíritu de Dios. Notemos aquí, para nuestro provecho, que inteligencia íntima de las cosas divinas es obra del Espíritu Santo, cuya unción es luz del alma.

La acción del Espíritu Santo respecto de Jesu-Cristo es más misteriosa, porque nos introduce en el secreto de las relaciones divinas. «El me glorificará», dice el Maestro. ¿Por qué? «Porque recibirá de lo mío», añade. ¿En qué sentido el Espíritu Santo recibe a Cristo, y por eso glorifica a Cristo? El Señor lo acaba de decir: «Porque no hablará de suyo, sino que las cosas que oyere, esas hablará». Procuremos entrar en las sagradas tinieblas del misterio. El Espíritu Santo procede del Hijo, lo mismo que procede del Padre: como que procede de entrambos juntamente como de un solo principio. Proceder, dentro de las augustas procesiones divinas, es recibirlo todo. Cuanto es el Espíritu Santo, su esencia divina, sus atributos divinos y su divina personalidad, todo lo recibe al proceder por inefable espiración del Padre y del Hijo. Por eso el Espíritu Santo recibe del Hijo y cierto por comunicación de identidad, su divina sabiduría; y así al ilustrar con su luz la inteligencia de los discípulos les comunicó lo que el Hijo ha recibido, les habla lo que de él ha oído. Y como el Hijo glorifica al Padre, de quien todo lo ha recibido en virtud de la eterna generación, así el Espíritu Santo glorifica al Hijo no menos que al Padre, porque de entrambos juntamente lo ha recibido todo en virtud de su misteriosa espiración.

Si nuestra ruda inteligencia no alcanza la plena comprensión de estos divinos misterios, a lo menos nuestro corazón los crea humildemente y rendidamente los adora; y espere confiadamente que en virtud de esa fe, animada de la divina caridad, llegará un día a la bienaventurada visión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, tres personas distintas y un solo Dios verdadero.

NECESIDAD DE LA FE

El milagro obrado por Jesucristo en obsequio de la fe del Régulo llama nuestra atención sobre un hecho singular de hoy día, y es, que aun aquellos que hacen gala de incredulidad llaman felices a los que poseen el tesoro de la fe. Y la razón de esta contradicción es evidente. Después que éstos infelices han disipado tan gran tesoro, su inteligencia se ve atormentada por la duda; su conciencia lacerada por un remordimiento continuo, y en los múltiples dolores de la existencia no hallan jamás donde reposar. Esto prueba que la religión no sólo nos asegura la felicidad futura, sino que provee también a que la vida presente, se deslice menos atribulada y en las aflicciones no nos falte el consuelo de sus gracias celestiales. La fe es una felicidad, aun con relación a la vida presente; Jesucristo nos lo asegura en el santo Evangelio. Nos lo demuestra la incredulidad misma, cuando manifiesta el deseo de recuperar esa felicidad.—*Quisiera tener fe*—dice el incrédulo. Es una buena palabra, porque manifiesta una buena voluntad, y si encierra un sincero deseo de recuperarla, muy llano será el camino que a ella conduzca.

Todo el que desea conseguir un fin se vale de los medios oportunos para lograrlo. ¿Queréis, realmente recuperar el don de la fe? Es menester poner en práctica los medios siguientes. Son tres: *Estudiar, rezar, practicar*. La dificultad, pues, queda resuelta con la práctica de estas tres cosas: *Estudiad, rezad, practicad*.

Estudiad. Hoy es vergonzosa la ignorancia en materia de religión. Todos estudian y todo se estudia; se tiene ansia de conocer todas las ciencias, de profundizar la historia, de saber la vida y costumbre de todos los pueblos del universo, hasta las extravagancias de la mitología; pero de la religión, de sus dogmas, de sus leyes, no se quiere saber nada; y si de todo esto se tiene una falsa noción, se debe a lo mucho que se lee en las novelas, en los diarios o en autores enemigos del Cristianismo. Y ha sido esta noción superficial y

errónea la que ha hecho surgir la duda en vuestras creencias, las tinieblas allí donde brillaba la luz de la fe. Habéis dado importancia a las más necias objeciones, sin preocuparos de las respuestas de los apologistas; habéis leído las acusaciones y no las defensas. ¿Y esto es tener nociones de la religión? Cuando se quiere profundizar una ciencia no se leen libros que hablan mal de ella, sino aquellos que tratan de la misma con toda seriedad e imparcialidad, confiándonos a un hábil maestro que nos sirva de guía en los pasos más difíciles. El Cristianismo no teme las indagaciones de la ciencia, no prohíbe el estudio como el Corán, antes bien quiere que el obsequio de nuestra fe sea razonable. El filósofo Justino, el Aeropagita Dionisio, el doctor San Cipriano, el historiador Thiery no tenían fe; pero estudiando la religión con sincero amor a la verdad merecieron la ayuda de la gracia y consiguieron la fe. ¡Cuántos doctores en Inglaterra y en Alemania han hallado la fe en el estudio sincero y desapasionado de la religión! Basta el testimonio de La Harpe: —Examiné y he creído; examinad y creeréis—decía a quien le preguntaba el por qué de su conversión. Un estudio desapasionado y profundo de la religión, además de ser un complemento de toda cultura, os podrá dar el tesoro de la verdad, y cuando lo hayáis terminado, vuestra inteligencia será iluminada por sus resplandores; vuestro espíritu gozará en la contemplación de una armonía singular, acuya luz, las objeciones que ahora os preocupan se disiparán como la niebla ante los rayos del sol, y os convenceréis de que el Cristianismo lo abraza todo, responde a todo, armoniza con todo; y, por lo mismo, os sentiréis invenciblemente obligados a concluir, que él forma parte de la armonía universal, siendo, por lo tanto, verdadero y divino. He ahí, pues, el primer medio para recuperar la fe perdida; y cuando este estudio sea hecho con sincero afán de conocer la verdad, la gracia hará lo demás y vosotros creeréis.

Pero no basta el estudio solo, se necesita también la oración. La fe no es una ciencia humana, sino divina; es un don de Dios que ningún estudio, sin el auxilio de lo alto, puede proporcionarnos. Ahora bien, la oración es una reina todopoderosa, particularmente cuando lo que en ella pedimos se refiere a bienes espirituales. ¿Qué medio mejor para confesar nuestra debilidad e ignorancia que presentarnos a Dios para pedirle su auxilio? El estudio puede remover los obstáculos que se oponen a la conversión, puede disipar los prejuicios que nos ocultan la verdad, pero quien dá la fe es Dios y quien la impetra la oración. Los judíos vieron los milagros y no creyeron en la divinidad de Jesucristo; así también los incrédulos, podrán ver milagros y no tener fe. Es esta la razón por la cual muchas inteligencias selectas, instruídas en todos los ramos de saber humano, hállanse en ayunas acerca de la fe. El filósofo La Harpe, citado poco antes, no obtuvo la fe sino mediante la oración. Oíd un fragmento de sus confesiones: «Me hallaba en la cárcel, solo en mi estrecha celda, y profundamente triste. Había estado leyendo, desde unos días antes, los Salmos, los Evangelios y algún buen libro; y el efecto de esa lectura, aunque se hiciera por grados, había sido rápido. La majestad de la fe me había vencido; pero me espanté viendo un abismo—¡cuarenta años de impiedad!—Vea todo el mal, y no hallaba remedio alguno. Lleno de estas desoladoras ideas permanecía abatido, dirigiéndome a Dios en voz baja, a Dios, a quien volvía a hallar aun cuando apenas le conocía.—¿Qué debo hacer?, le decía: ¿qué será de mí?—Tenía sobre la mesa la *Imitación de Cristo*: habíanme dicho que en este libro, mis pensamientos hallarían una respuesta; mis ansias, mis dolores, un consuelo. Lo abro a la ventura, y mis ojos tropiezan inmediatamente con estas palabras: «Heme aquí, Hijo mío, porque me has llamado». No leí más: la im-

presión instantánea que experimenté no puede expresarse, como es imposible que yo la olvide. Caí de hinojos, con la cabeza inclinada al suelo, los ojos humedecidos por el llanto, sofocado por los sollozos, y lloré mucho.» La oración hizo creyente a este filósofo. ¡Oh! Si en vez de manifestar un deseo estéril, se aprovecharan del gran medio de la oración, la luz de la fe no tardaría mucho en derramar sus esplendores en el espíritu oscurecido por tantos errores.

Finalmente, para recuperar el don de la fe no sólo es menester estudiar y rezar, es necesario también obrar. ¿No es verdad que en vuestra mocedad tenías fe? ¿No es cierto que ella formaba vuestra alegría y vuestras delicias? Recordad vuestra primera comunión. ¡Qué gozo celestial inundó vuestra alma! Su solo recuerdo inunda, aun hoy, vuestro espíritu de un perfume suave y santo. ¿Y qué fué lo que después os hizo perder la fe? Fué la corrupción del corazón la que os arrastró a la incredulidad. Para volver a poseer este don hay que seguir el camino opuesto; pues si el vicio os ha hecho naufragar, la virtud os llevará a puerto. Hay que dominar las pasiones, pues si éstas no están domadas y refrenadas, difícilmente podrá habitar en vosotros la sabiduría. Un gran escritor ha dicho:—A los veinte años la religión se cree falsa; a los cuarenta se empieza a pensar que podría ser verdadera; se desea que sea verdadera a los cincuenta, y a los sesenta no se duda más de su verdad.—No es el símbolo lo que pesa, sino el Decálogo: éste pesa, fastidia, hace odioso el yugo de la religión.

Ahí tenéis los tres medios principales para recuperar la fe: el estudio de la religión, la oración y la moralidad en las costumbres.

Quién sabría decir lo necesaria y consoladora que es la religión, la cual despliega ante nuestra alma el magnífico horizonte de la eternidad y una vida entera y perenne de amor y de paz? ¡Infelices aquellas almas que han perdido la fe! Y si envidian un bien tan grande a los que lo poseen, procuren con el estudio, la oración y la virtud recuperarlo y experimentarán otra vez sus inmensos beneficios.—A. P.

¡¡LOS ETERNOS UTOPISTAS!!

¡EL COMUNISMO ES UN FANTASMA!

Decían a voz en cuello, hace 2 años; 1 año, 6 meses, 3 meses... un mes y medio, ciertos periodistas y politiqueros, que pretenden conquistar clientela barata, fomentando bajas pasiones, libertinaje so capa de amplia libertad y crear cierta aureola de falsos redentores del pueblo.

El Comunismo, predicaban, es un fantasma que existe sólo en el magín calenturiento de algunos espíritus nerviosos, tímidos, asustadizos, enemigos de las libertades constitucionales....

El «Conde Gris», hace año y medio, sostenía esa tesis en «Diario del Salvador», con un lenguaje acre, mordaz, socarrón, burlándose de «El tiempo» y de alguna otra hoja periodística que exigían al Gobierno de Don Pío Romero Bosque *mano fuerte* contra los primeros desmanes y brotes del comunismo criollo. El flamante «Conde Gris» replicaba que el comunismo no existía entre nosotros, que era un espantajo que agitaban los *eternos* enemigos de la libertad.... que al pueblo había que dejarlo obrar a sus anchas, con entera libertad, léase con todo libertinaje.... permitirle que ejerciera él la justicia por sus propias manos. Ojalá el «Conde Gris» volviera pronto al país para presenciar las ruinas todavía humeantes y sanguinolentas del Departamento de Sonsonate y Ahuachapán: Salcoatitán, Juayúa, Izalco, Nahuizalco, Tacuba, etc.... y se convenciera de sus pasados extravíos y maleantes utopías. A Don Pío Romero Bosque y a su entonces Ministro de Gobernación Dr. D. Manuel Vi-

cente Mendoza, el «Conde Gris» y otros periodistas de la misma malsana ideología los mecieron y adormecieron en una falsa atmósfera de pacifismo, de seguridad necia y de criminal indolencia ante hechos atentatorios a la propiedad y a la tranquilidad pública.

Hechos de graves consecuencias eran desfigurados por esa prensa ligera y presentados como de ninguna importancia: de aquellos polvos se han originado estos lodos. La represión era ninguna o irrisoria. Los jefes del naciente comunismo eran tratados con blandura, como niños inocentes, como traviesos rapazuelos. Los amigos del desorden, de la violencia y del bochinche se creyeron inmunes, trabajaron con mayor desenvoltura, con audacia y hasta con cinismo. A las barbas de la autoridad hicieron lo que quisieron: saquear, destruir, robar. ¿Qué otra cosa es el comunismo? ¿Para que ocultarse en lo sucesivo, para qué temer? Se perdió el respeto a la autoridad, a la ley que ampara la propiedad y la tranquilidad pública. Hubo periódicos que aplaudieron estos gestos vandálicos, calificando a sus autores de valientes, viriles, independientes. El desorden tuvo sus apologistas. Sólo eso les faltaba para criar alas y sentirse fuertes. En esos primeros brotes no solamente fué vilipendiado el derecho a la propiedad, fué insultada toda autoridad, la militar como la civil, y hasta la autoridad eclesiástica. En los colegios e institutos no había respeto a la autoridad escolar; huelgas en el Instituto, huelgas en la Universidad....

La insubordinación llegó hasta afectar una parte del magisterio. Con lo que el Comunismo, la falta de respeto, se introducía en todas las esferas sociales.

Los promotores de estos desórdenes iniciales fueron orlados por la prensa maleante como verdaderos héroes, defensores del pueblo; y si recibieron algún castigo, fueron celebrados como mártires de la causa popular.

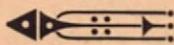
Toda enfermedad debe ser atajada y combatida en sus principios; si se descuida resulta a la larga incurable. Tal ha sucedido con nuestro comunismo criollo. No le dieron importancia; los que debían y podían, no estudiaron la enfermedad social que incubaba: no le aplicaron sino paliativos que lejos de extirparla, le dieron prestigio y fuerza.

El cachorro comunista, tan bien amamantado, tan bien considerado, tan poco molestado, aguzó sus garras, hizo sus primeras pruebas en el país, y no habiéndole ido tan mal, se sintió un día fuerte y robusto, midió sus fuerzas, salió a media noche de su guarida tenebrosa, se lanzó sobre su enemigo confiado... confiado en las palabras de sus ex-hombres políticos... «que no habría nada, que nada sucedería...: que todo era controlado... que el comunismo era inofensivo... una palabra vacía... un fantasma», y la fiera comunista en pocas horas sembró la comarca de terror y de espanto, regó la tierra cuscatleca de sangre, cieno y vergüenza y dejó para siempre execrable, en los anales de la historia salvadoreña, la rojinegra fecha del 22 de enero de 1932...

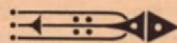
He aquí la obra fatal, desastrosa, criminal de los eternos utopistas. Estos son, en la conciencia pública, más culpables que los ignorantes campesinos y obreros que, envenenados por falsas doctrinas y engañados por perversos apóstoles, se lanzaron a la matanza...

Hubiera bastado en un principio un poco de rigor, de orden y de cordura; y se hubieran evitado las desgracias de Enero. No hay que jugar con el fuego ni con la pólvora: los utopistas jugaron con la seguridad del país, tolerando los primeros ensayos de la fiera comunista. Que sobre ellos caiga la responsabilidad de la historia. FRANCO

De «Chaparrastique»



HIMNO A MARIA



Pura es la blanca azucena
 Cuando en tallo gentil
 Forma las galas de abril,
 Y el aura de aromas llena;

Puras las gotas vertidas
 Por la aurora en sus albores,
 Al mecerse entre las flores
 De sus hojas suspendidas:

Puro el maternal halago,
 Y de la luna el reflejo

Cuando riela en el espejo
 De algún pacífico lago:

Pura es también la sonrisa
 Del tierno niño en la infancia,
 Y de la flor la fragancia,
 Y de los mares la brisa:

Pura es del fiel que te ama
 La oración que al cielo sube:
 Puro es, en fin, el querube
 El santo amor que le inflama.

Pues más pura que la flor,
 Y las gotas de rocío,

Que las brisas del estío
 Y de la aurora el albor;

Más que la risa del niño
 Y de la luna el destello,
 Que el amor del ángel bello
 Y de una madre el cariño,

Eres tu, Virgen María,
 De tierra y cielo Señora:
 Por eso el alma te adora
 Y te bendice este día. X.

CONSULTA IMPORTANTE

Desearía me dijese qué manda la Iglesia Católica respecto del espiritismo.

Según la doctrina de la Iglesia claramente expresada en la respuesta de la Sagrada Congregación del Santo Oficio y aprobada por León XIII el 1 de Abril de 1898, no es lícito evocar los espíritus de los muertos ya sea valiéndose de los mediums o bien sin ellos, lo mismo es ilícito el asistir a sesiones en que se pretenda evocarlos y esto aunque el que asiste a ellas proteste no querer tener parte ninguna con el diablo, como algunos protestan.

Por consiguiente quedan prohibidos los libros que enseñan o recomiendan estas prácticas espiritistas y las que a *sabiendas* leen o retienen tales obras incurren en excomunión reservada al Papa en especial manera.

Y ahora creo oportuno, para evitarle el mal pensamiento de creer que la Iglesia procede con tanta severidad por *oscurantismo*, como algunos desalmados han llegado a decir, especificar alguno de los altos motivos que han determinado estas severas prescripciones.

En primer lugar, que enseñadas por los espíritus se han propalado muchas doctrinas contrarias a las del Evangelio, tales como la no eternidad del castigo en la otra vida, la transmigración de las almas, etc.

El espiritismo ha arrastrado muchas almas fuera de la moralidad, pues muchas sesiones espiritistas se han convertido en verdaderos centros de corrupción y crápula.

Y para que no se crea que hablamos como parciales, aquí damos un testimonio publicado en «New York Tribune» por un conocido conferenciante espiritista el Dr. B. P. Randolph, estas son sus palabras: «Durante siete años, yo comuniqué con un espectro que decía ser el espíritu de mi madre. Y luego comprobé que no era otra cosa que un espíritu malvado que de este modo disfrazado ganó la confianza de mi alma y me precipitó a la ruina... Cinco de mis amigos se destruyeron bajo la influencia directa de los espíritus. Movidos y seducidos por ellos, los mortales han cometido todo crimen, en cuya lista no están de menos la fornicación y el suicidio. etc.»

Y en otra ocasión dijo estas palabras que aparecieron tal vez con intento de refutación en el periódico espiritista «The Banner of Light»: «Tengo un volumen de 60 páginas con los nombres de personas que han sido seducidas de la respetabilidad, moralidad, prosperidad e inteligencia, a la corrupción del amor libre, la pobreza y la locura... el espiritismo es el sinónimo de toda falsedad y mentira; una capa para ocultar toda clase de crimen—adulterio, homicidio y concupiscencia—debilita la inteligencia y el carácter.»

¿CASTIGO DE DIOS?

El Castellano, de Toledo, relata este hecho histórico acaecido poco ha en una importante población de la Mancha:

«Una cuadrilla de obreros municipales procede a reparar los edificios-escuelas, y un concejal aprovecha la ocasión para ordenar a uno de los albañiles que haga desaparecer de los testeros los Crucifijos.

El obrero cumple gustoso la orden, y no sólo derriba los Crucifijos, sino que completa la obra arrojándolos al pozo de las escuelas, con lo que queda satisfecho el odio sectario del municpe, compartido por el ejecutor, envenenado como tantos otros, por hojas o libelos irreligiosos.

Al poco tiempo, una de las sirvientas, al extraer agua del pozo, coincidió con el albañil de referencia, que hubo de advertirla bromeando:

—¡Ten cuidado, no vayas a sacar en el cubo algún ahogado que pueda haber!

La criada, recelosa, comentó luego la frase con su ama, la maestra de una de las escuelas, e intrigadas ambas, no tardaron en conocer la verdad de lo ocurrido. Por piadosa iniciativa de la profesora, se buscaron los Crucifijos en el fondo del pozo, lográndose extraer dos intactos y otro en

pedazos, precisamente el que perteneció a la clase de la indicada maestra.

El caso trascendió al vecindario, que hizo de él los naturales comentarios, y de momento ahí quedaron las cosas.

Pero no transcurrieron muchos días cuando un triste suceso conmovió a la población. En las afueras, cuando tres albañiles trabajaban en un pozo, sufrieron un accidente y cayeron al fondo, donde permanecieron varias horas, hasta que pudieron ser extraídos. Dos de ellos salieron con vida; el otro había muerto, y el cadáver fué hallado en el interior del pozo, como adosado a la pared y con el brazo derecho rígidamente extendido. Este infeliz obrero era el mismo que días antes había arrojado al pozo del edificio escolar los Crucifijos de la clase.

El vecindario relacionó inmediatamente ambos hechos, y no se escapó tampoco a su comentario la circunstancia de que, por unión ilegítima en que vivían, no correspondiese a la compañera e hija de la víctima ningún socorro legal por el trágico accidente».

¡OH CRUZ BENDITA!

Cristo que convierte a los disolutos en penitentes, a las hijas del mundo y de la carne en santas, a los soberbios en miseria y a los humildes en exaltación de gloria, ha convertido también la cruz de deshonra y de oprobio, en honor de la vida y en ideal al que aspiran los enamorados de la luz.

Hubo un árbol en el Paraíso, verde y frondoso; el demonio se deslizó en espirales por su tronco; el fruto prohibido se estremeció en las ramas y el pecado cayó al suelo desde las lozanas sombras del bien y del mal.

Hubo un árbol en el Calvario, seco y triste. Jesús fué amarrado a sus ramas con clavos que le rompieron las carnes; el fruto maduro de la redención cayó a la tierra convirtiéndose en lágrimas, en sangre y en sudor de Cristo, y abajo esperaba la virtud, porque estaba allí la inocencia triunfal de la Virgen y el arrepentimiento triunfante de la Magdalena.

Desde entonces la cruz horca, la cruz suplicio, la cruz muerte, es cruz gloria, cruz honor y cruz vida.

Yo la he visto sobre la frente de los niños signada con agua bendita; yo la he admirado sobre el pecho de las vírgenes, como nuncio de caridad; yo he recibido el resplandor brillante de sus fulgores desde las coronas de los reyes; y en lo alto de las torres cristianas, y en las fiestas floridas de mayo y en las espadas de los héroes, y en las sepulturas de los que fueron, la vi triunfar con sus dos ramas abiertas como una invitación tranquila a un abrazo de Dios.

A la entrada de la aldea hay también una cruz grande de hierro. Un herrero de los tiempos pasados, un almonteño, émulo de Sebastián Condé, la adornó con unas volutas reforzadas, con unas hojas anchas curvadas, con unas flechas de lis, con un rasgo de eñe en la cabeza, con un signo de la Pasión en el centro.

Yo he sentido esta cruz de muy distintas maneras. Una vez, por la mañana, estaban los campos inundados de lluvias, los cielos cerrados, los horizontes borrosos, y he visto colgar de la arista de su repujada herrumbre, gotas de agua que caían con melancólica tristeza de llanto. Otra vez fué al mediodía, a toda luz y con los campos ressecos de las insolaciones de julio; el polvo que levantaban las carretas cargadas de mieses, se fijaban en la cruz; la cruz lo recibía como un holocausto de la labor humana. Últimamente, era un atardecer, una bandada de golondrinas puesta sobre los brazos de la cruz, decían unas cosas muy raras, mirando al sol que se ponía, mientras unas nubes recortadas en oro, en naranja y en verde dejaban caer en el ambiente una inquietud acariciadora... Aquellas golondrinas estaban rezando... yo tocado de la divina poesía del momento, puse los ojos en la cruz de la aldea, y recé también.

¡Cruz bendita, bendita seas!

M. SIUROT